

CUENTO N° 67

TÍTULO: ABZURDO

SEUDÓNIMO: SANDO

AUTOR: CLAUDIO GASTÓN MONTERO BARRIOS

...y quiso confesarle que sí, que la amaba desde que sus ojos la conocieron, desde que su llegada iluminó su sombría mesa; pero el lunes ya se anunciaba con las primeras sombras de aquel domingo y Settembrini y sus encantos retornarían a su mundo empastado, de modo que guardó silencio... un silencio que sonó a un adiós.

Todos los viernes - al atardecer - Oscar se despojaba de su condición de fumigador. Aquel humillante oficio lo había heredado de su padre y del que por alguna inexplicable razón nunca había podido desprenderse, y de algún modo aquella siniestra labor - su contacto diario con tóxicos y venenos, su supuesta pestilencia – tempranamente lo llevaron a resignarse a una existencia en soledad.

De manera que desde hacía ya un largo tiempo, todos los fines de semana Oscar enfilaba hacia el Terminal del barrio Estación y entre callejones estridentes y baratillos multicolores buscaba la complicidad de algún vestíbulo para realizar su metamorfosis, y ya oculto en la penumbra comenzaba a desprenderse de las prendas corroídas por la manipulación de los venenos, de sus bototos salpicados y – por sobre todo - de la cotona con el rotulo de su infamia en el dorsal: *“FUMIGACIONES AZÓCAR – EXTERMINIO GARANTIZADO”*- los que luego introducía en una bolsa para no contaminar las dos mudas y la voluminosa novela acomodada en el fondo de su sencillo morral.

Sando

Ya nada quedaba del homicida. Emergía entonces un hombre de edad madura y aspecto retraído que trepaba al autobús en donde aprovechaba el conciso trayecto para sumirse en su obsesiva lectura, en aquel enfermizo repaso mientras su admirado personaje se iba adueñando ineludiblemente de su alma y su naturaleza.

Al llegar a la hospedaría de costumbre solía detenerse enfrente de la añeja fachada de la otrora aparatosa casa patronal que ahora Madame Ivonne explotaba como Hotel, el que en justicia no pasaba de ser un Hostal de comida escasa, colchones revenidos y precios accesibles, que para Oscar era lo más parecido al paraíso.

Su inapelable rutina en esos ansiados fines de semana comenzaba con un largo paseo por el agónico parque. Le fascina escuchar el crujido de la grava bajo sus suelas, el susurro de los apacibles eucaliptos, y aquí y allá tropezar con los despojos de añosas esculturas; buscar aquella banca lejana y sumergirse una vez más en la novela.

Eran jornadas memorables y profundas deambulando sin prisa por entre los laberintos metafísicos de *Settembrini*, para luego de un par de horas retornar al caserón para cenar.

– ¿Le importaría compartir su mesa? Este fin de semana tenemos un lleno total - le preguntó Madame dando por sentado su consentimiento. Se puso de pie sobresaltado por la inesperada petición, y mientras apartaba la lectura asentía con la cabeza en tanto la dueña retiraba la silla vacante donde una forastera tomó

asiento.

Madame le agradeció con una leve venia, y luego se alejó retocándose su severo moño de anfitriona.

En el reducido espacio de la pequeña mesa ambos comensales se comportaron como extraños, y no volvieron a mirarse a la cara hasta el postre, y mientras él le daba una furtiva mirada a su inquietante escote notó que ella reparaba en la presencia del libro, lo que aparentemente la hizo sentir inoportuna, y sobre la velada cayó un pedregoso mutismo.

Esperaban el café, cuando ella extrajo un paquete de cigarrillos:

– Disculpe – dijo Oscar casi en un susurro –, pero en el comedor no nos permiten fumar. Si gusta puedo pedir que le lleven su café a la *Galería*.

Ella guardó sus cigarrillos - le agradeció con un gesto mínimo el consejo - y miró extraviada a su alrededor.

– Es por acá, permítame escoltarla -, y a la zaga de su subyugante caminar no pudo sustraerme al embrujo de su talle, al fundamento de sus caderas, al exquisito fragancia que escapaba de su piel.

La estancia tenía aquel aire confortable y decadente de las casonas centenarias. Los ventanales se abrían a la noche oscura y vaga, y entre los viejos sillones de mimbre se diseminan con desidia philodendros y geranios.

Ella eligió la mecedora del fondo, junto a las gélidas cenizas de una salamandra extinguida: “Voy a ordenar el café; con su permiso” – agregó Oscar.

Una vez cumplido el encargo, él se sentó en el extremo opuesto del salón mientras pensaba si sería propicio ofrecerle un cigarrillo cuando llegara su café, pero ya era tarde: de la nariz de ella escapaban caprichosos espirales que se disolvían

tristemente en la nada ... y miró hacia la noche insondable.

A la mañana siguiente Oscar bajó a desayunar a la hora de costumbre y en su mesa de costumbre ya estaba instalada su compañera de anoche. Tras un formal saludo, cada cual clavó sus ojos en lo suyo.

– ¿Por qué a usted le sirvieron huevos? – preguntó ella de pronto.

Le inquietó su consulta, tal vez por su tono imperativo:

– Ya me conocen; el mío es un desayuno *Continental* – respondió con voz culpable – Si gusta puede ordenar uno igual para usted, pero me temo que le cobrarán por ambos.

No pudo disfrutar los huevos, y cuando se le ocurrió cedérselos, ella ya había abandonado el comedor.

A la hora del almuerzo ella notó que era zurdo, y aquella invertida destreza dibujó una sonrisa en sus ojos, y acabada la merienda sus pasos se perdieron al unísono por los escalones que conducen a las habitaciones.

Después de una reparadora siesta, Oscar buscó su apartada banca y se sumergió una vez más en la novela: eran jornadas silenciosas y profundas deambulando sin prisa por entre los laberintos metafísicos de *Settembrini*... dejándose contagiar con deleite de su modo y de su ser.

– ¡Qué manera de fumar! – dijo ella en tono amistoso mientras se aproximaba a su escaño sembrado de colillas pisoteadas.

– Con franqueza, yo dejé el vicio hace tiempo, pero él no quiere abandonarme – le respondió con ajena picardía.

– ¿Qué lee Ud. con tanto interés, si se puede saber?

– “La Montaña Mágica”. Es otro de mis muchos intentos por comprender a *Settembrini* – le respondió.

- ¿No le interrumpo, verdad? – preguntó.

Intrigada por su peculiar obsesión ella se empeñó en averiguar por qué se empeñaba en descifrar a uno de los personajes de una añosa novela... y él no supo qué responderle:

– Quizás porque el autor demoró doce años en escribirla y no acabó con dotarlo de una personalidad definida; no lo sé – contestó mirando al infinito, luego aventuró una hipótesis personal: “Quizás porque Settembrini tuvo mucho que ver con el *Nobel*” – agregó envalentonado.

La tarde moría entre frágiles nubes que navegaban perezosamente hacia el ocaso; las farolas se encendieron, y la dorada luz del anochecer se fue descolgando de un cielo violeta que invitaba a prodigar el alma.

Cuando retornaban a la casona ella lucía subyugada, acaso seducida por el embrujo de *fingido Settembrini*:

– Podríamos seguir la conversación con un aperitivo – propuso ella.

– Encantado, pero sólo tomaré un refresco. ¿Sabe usted?, yo ya no bebo alcohol – contestó Oscar.

– Es usted impredecible, querido amigo. Todo un *personaje*; abstemio y zurdo – agregó.

Sando

– Dice bien; todo un personaje – contestó halagado, y la velada continuó junto al hechizo del cándido *Settembrini*; a su irresistible encanto... al insondable laberinto de su alma.

Después del amor - con la mirada cautivada - ella le susurró:

– Nunca te podré olvidar.

– Es fácil recordarme, amor mío. Abstemio y zurdo... o si lo prefieres *ABZURDO* – agregó Oscar.

– ¿Me amas? – le interrogó.

Y la pregunta lo puso de pronto en este mundo, lo rescato de aquella farsa y lo plantó en medio de aquella simple y atroz verdad... no había sido él quien la había cautivado.

Quiso contestarle que sí – que nunca nadie le había hecho tan feliz, que la deseaba con todo su ser, que sentía como tras cada minuto la amaba más -, pero el lunes ya asomaba tras la noche moribunda... *Settembrini* y sus encantos volverían una vez más a su mundo de papel y el desdichado exterminador y su infortunio volverían a apropiarse de su ser... y guardó silencio, un silencio que sonó a un final.

////////////////////////////////////

